El último llamado

Apocalipsis 3:8, 16, 20-21

Hugh Henry SNELL

biblicom.org

Índice

0 - Introducción **3**

1 - Las características de los fieles **3**
1.1 - Guardar la Palabra de Cristo 4
1.2 - No renegar de su Nombre 4

2 - La última advertencia del Señor: el peligro de la tibieza **5**
2.1 - ¿Qué lugar ocupa Cristo? 6

3 - El último llamado del Señor: abrir la puerta a su presencia **6**
3.1 - Cristo está a la puerta (fuera) 7
3.2 - Él llama a la puerta 7
3.3 - Un despertar individual 7
3.4 - La cena 8
3.5 - El deseo del Señor 8

0 - Introducción

Las últimas palabras del Señor a su Iglesia en la tierra son especialmente solemnes e instructivas. En los últimos instantes de su historia, cuando la situación es desesperadamente grave, él sigue estando a la puerta y llamando. El testimonio de la Esposa y del Cuerpo de Cristo en la tierra está a punto de cesar para siempre, y él se lo recuerda a los fieles diciendo: «Vengo pronto; retén firme lo que tienes, para que nadie tome tu corona» (Apoc. 3:11). Los fieles serán sin duda objeto de su atención hasta su regreso, por pocos que sean, y al vencedor se le anima hasta el último instante (vean Apoc. 2:26; 3:5, 12, 21).

Está claro que en los últimos días de la historia de la Iglesia de Dios en la tierra habrá 2 tipos de personas: creyentes fieles al Señor y muchos indiferentes a sus derechos y a su honor. Sin embargo, aunque sea despreciado, él sigue llamando a la puerta de los corazones y se presenta con la más rica gracia a todos aquellos que oyen su voz y le abren.

Hemos visto aquí, sucesivamente, la alabanza del Señor a Filadelfia, su última advertencia y su último llamamiento a Laodicea.

1 - Las características de los fieles

Los fieles del final del período de la gracia se caracterizan por tener poca fuerza, por guardar su «Palabra» y por no renegar de su «Nombre». Estas cosas siempre han sido las características de un cristianismo vivo. Su Palabra lo da a conocer. Nuestra fe se fundamenta en ella, y basta para guiarnos en cada paso de nuestro camino. Sin creer en su Palabra, no hay fe y, por consiguiente, ni gozo, ni paz, ni esperanza. Es hacia la Palabra escrita hacia donde el Espíritu de Dios nos dirige siempre, como autoridad suprema y decisiva; de tal manera que es cierto que nadie camina por la fe, ni camina según el Espíritu, ni camina en el temor de Dios, en el consuelo del Espíritu Santo, ni para la gloria de Dios, si no somete, en cierta medida, sus pensamientos, sus designios y sus caminos a la autoridad divina de la Palabra del Señor, que permanece eternamente.

1.1 - Guardar la Palabra de Cristo

La prueba es sencilla, pero infalible. ¿Guardamos su Palabra? No simplemente *leyéndola*, ni siquiera *admirando* algunos de sus aspectos más llamativos, sino *utilizándola* como lámpara para nuestros pies y luz para nuestro camino; sometiéndonos a ella con todo nuestro corazón y toda nuestra conciencia; y encontrando en ella consejos para cada etapa de nuestro camino. Esos son, sin duda, los que *guardan Su* palabra. La aman, la guardan en su corazón, dejan que el Señor Jesucristo alimente su alma a través de ella y por medio del poder del Espíritu de Dios, y así se mantienen en comunión con él, viviendo para su gloria y esperando su regreso del cielo. De este modo, no solo existe una relación con el Señor, sino una intimidad tan santa que pueden contar con su bendición, él que dijo: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis cuanto queráis, y os será concedido» (Juan 15:7). ¡Dichosos aquellos que guardan su Palabra y la dejan habitar en ellos *en abundancia,* para "caminar en la verdad"!

1.2 - No renegar de su Nombre

Otra característica de los fieles en los últimos días de la Iglesia en la tierra es que no han renegado del «Nombre» de nuestro precioso Salvador. Estamos convencidos de que hay mucho más en esto de lo que muchos piensan. La forma en que una persona menciona el nombre de un amigo ausente suele revelar la estima o la indiferencia que le profesa quien habla. ¿Y no ocurre lo mismo con la forma en que hablamos del Nombre infinitamente digno de nuestro Señor Jesucristo? Creemos, y no dudamos en afirmarlo, que nada manifiesta mejor el estado del corazón que la forma en que pronunciamos su santo Nombre. Tomar discretamente el partido de los insolentes que dicen: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» (Mat. 16:13), o mantener vínculos con aquellos que lo desprecian y suelen hablar de Él como el «hijo del carpintero» (vean Mat 13:55), o incluso con los burlones que dicen: «¿Dónde está la promesa de su advenimiento?» (2 Pe. 3:4), delata un corazón al que poco le importa su Nombre o su gloria.

Para el alma instruida por el Espíritu, su Nombre es como un perfume derramado. Nada la hiere tanto como la deshonra infligida a Cristo, su Señor. Para ella, ningún nombre en la tierra puede igualar jamás al suyo. También en el cielo se le ha considerado digno de recibir un nombre por encima de todo nombre. Es el nombre de nuestro Señor Jesucristo el único punto de encuentro en la tierra para los creyentes,

y será el punto de encuentro en el cielo cuando él vuelva a buscar a los suyos. Su Nombre es la piedra de prueba de la santidad en la Iglesia, llamándonos a huir de todo lo que Le deshonra. Y ante su Nombre, toda rodilla deberá doblegarse, entre los seres de los cielos, de la tierra y de debajo de la tierra, y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

«¡Su Nombre es una Roca que ni los vientos de arriba

ni las olas de abajo pueden hacer tambalear!»

Es el único nombre que, al pronunciarse, revela la persona que lo menciona y suscita de inmediato nuestra estima –o, todo lo contrario. Por lo general, no podemos separar el nombre de la persona. El nombre de nuestro Señor Jesucristo no se limita a transmitirnos un concepto correcto de su Persona, sino que despierta en nosotros un afecto por él mismo, allí donde se encuentra actualmente.

Por lo tanto, es imposible expresar todo lo que implica renegar de su Nombre. No cabe duda de que todo lo que lo deshonra, toda palabra despectiva hacia él, toda insubordinación a su autoridad debe ser juzgada, toda irreverencia reprendida, y que debe evitarse toda asociación impía con su Nombre sin igual. Pero estos casos pertenecen, ante todo, al ámbito de lo profano. Una forma más sutil y encubierta de renegar de su Nombre consiste en no concederle el lugar que le corresponde en el seno de la Asamblea reunida en su Nombre, él que «está en medio de ellos» (Mat. 18:20); en no concederle el lugar que le corresponde en nuestros corazones, en nuestros hogares y en todos nuestros asuntos. Sin embargo, la mayoría admite que el cristianismo consiste en la renuncia continua a nosotros mismos y a todo lo que poseemos por Él, puesto que ya no nos pertenece, sino que ha sido comprado a un alto precio por Aquel que ahora es «Señor de todos» (Hec 10:36), y que pronto volverá para reinar hasta que «ponga a tus enemigos por estrado de tus pies» (Sal 110:1).

2 - La última advertencia del Señor: el peligro de la tibieza

Además del último elogio de nuestro Señor hacia ciertos creyentes que hemos mencionado, su última advertencia respecto a otras personas es de lo más solemne. «Porque eres tibio, y ni caliente ni frío, voy a vomitarte de mi boca» (Apoc. 3:16). Su

estado y sus caminos resultan tan repulsivos para nuestro Señor que llegan a ser inadmisibles; aunque profesan amarlo, sus corazones son indiferentes a su honor y a sus derechos, de modo que no pueden sino ser rechazados por Aquel que es, por excelencia, el «santo» y el «verdadero» (Apoc. 3:7). Se puede poseer un gran conocimiento bíblico y mostrar celo por las actividades religiosas; se puede incluso prosperar a los ojos del mundo religioso y tener una competencia aparente, fruto de la propia imaginación, unida a la autosatisfacción, y, sin embargo, Cristo puede estar al margen de todo ello. ¡Cuán aterradora es la posibilidad de tal estado! Pero ¡ay!, esto es muy cierto.

2.1 - ¿Qué lugar ocupa Cristo?

¿Ocupa Cristo el primer lugar en el alma –su Palabra, sus caminos, sus intereses, su pueblo, su servicio, su honor, su gloria? ¿Es el amor de Cristo la fuerza motriz que nos anima? ¿Tenemos una relación personal con el Hijo de Dios glorificado, que es nuestra vida, nuestra justicia y nuestra paz? ¿Es la comunión con Él mismo lo que buscamos y de lo que disfrutamos? ¿Se reconoce, se acoge y se venera a Cristo como «en medio» de la congregación cuando esta se reúne en su Nombre? ¡Ay! ¿Acaso nada menos que eso podría serle aceptable? Aquellos que no desean su gloria, que no aman su Palabra, que no buscan obedecer su voz y honrarle a costa de ciertas renuncias y pérdidas personales en este mundo, forman parte, de ello podemos estar seguros, de aquellos que «no son calientes ni fríos», y tendrán que ser rechazados por Él.

3 - El último llamado del Señor: abrir la puerta a su presencia

Sin embargo, existe una gran bendición en huir de la indiferencia del hombre hacia Cristo –que fracasa estrepitosamente a la hora de preservar la verdad y el honor de nuestro Señor en la tierra– para acoger los pensamientos inspirados por la forma llena de gracia en que nuestro Señor se presenta, y para prestar oído a su súplica amorosa, precisamente cuando él se encuentra fuera, a la puerta, y llama. ¿Y qué dice? ¿Les anuncia con voz atronadora la inminencia de un juicio devastador? ¿Les hace esperar que lluevan sobre ellos fuego y azufre a causa de su olvido más inexcusable hacia Él? ¡Oh, no! Las últimas palabras dirigidas a su Iglesia en ruinas en

la tierra, tras su último golpe a la puerta, están llenas de los acentos más tiernos de una gracia inagotable. Intentemos captarlas, por así decirlo, de sus propios labios. «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Apoc. 3:20). ¡Qué misericordia tan maravillosa! La mayor bendición que se pueda conocer en la tierra puede ser saboreada por el alma más débil que le abra la puerta.

3.1 - Cristo está a la puerta (fuera)

No dejemos de observar aquí, en primer lugar, que el lugar del Señor, rechazado incluso por su pueblo profeso en la tierra, se encuentra fuera de la puerta. Su Nombre, tal vez, está a menudo en sus labios, pero no se le concede el lugar que le corresponde por derecho, como Jefe supremo de su Asamblea. Son tan indiferentes a su presencia, a sus intereses y a su gloria, que pueden dedicarse a sus quehaceres y "no carecer de nada", aunque Cristo esté fuera, en lugar de ser reconocido en medio de ellos porque se han reunido en su Nombre. ¡Oh, qué gran tristeza! ¿Es posible que el cristianismo haya caído tan bajo que cualquiera pueda hablar de riquezas y prosperidad al margen del gozo de Cristo mismo?

3.2 - Él llama a la puerta

A continuación, viene la actitud del Señor. No puede abandonar a la Iglesia profesa al juicio que le espera como la gran ramera, mientras algunos aún puedan abrirle la puerta. Ellos lo saben. Ese golpe en la puerta es lo suficientemente fuerte como para despertar a cualquier alma que posea un corazón sincero en medio de la multitud y que oiga su voz. No tendrá ninguna duda. Es, sin duda, la voz del Amado, la voz del Pastor, esa voz suave y tranquila que penetra en lo más profundo del corazón y de la conciencia, y que despierta un afecto auténtico en el alma de quien sabe que "Cristo lo es todo".

3.3 - Un despertar individual

Esto es más que suficiente. Se oye la voz, las facultades adormecidas se despiertan, el corazón se apresura a abrir la puerta, a apartar cualquier obstáculo que le impida

estar cerca de él, y a permanecer en él y con él. Todo debe ceder ante la voz de Cristo.

3.4 - La cena

Una vez abierta la puerta al Señor, él entra en la casa de aquel que, aunque débil, ha levantado el pestillo –apartando así todo obstáculo que le impedía encontrarse cara a cara con él. ¡Qué momento tan precioso! Y entonces (¡oh, maravillosa gracia!) el Señor cena con ese hombre. Su corazón se colma de gozo al tener una comunión personal con aquel que le ha dejado entrar con gozo. Y el humilde creyente, aún débil, cena ahora con su Salvador.

¿Hay algo que pueda superar estas riquezas de la gracia divina? Y no se nos dice que esperemos «la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para vida eterna» (Judas 21). Esta escena es, sin duda, una manifestación de la misericordia divina; pues mientras la mayoría del pueblo cristiano será vomitada de su boca, un creyente solitario, aquí y allá, compartirá en ese mismo momento la comida con nuestro Señor Jesús, teniendo una comunión personal con Él.

3.5 - El deseo del Señor

Y no olvidemos nunca que el "propósito" de nuestro Señor es que el creyente tenga una *relación personal* con él; para recibir de él el oro puro de la justicia divina, que ha sido probado por el fuego. Él nos ofrece, ya aquí, el gozo de una *comunión personal* con él, es decir, en nuestra modesta medida, los mismos pensamientos, los mismos gozos y afectos que él mismo. ¡Cuán maravilloso sería que nuestro corazón y nuestra conciencia estuvieran más despiertos, para que pudiéramos disfrutar aún más de la comunión con él! Porque hemos sido, por una gracia infinita, «llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1 Cor. 1:9).

Quiera Dios que el último golpe que el Señor ha dado a la puerta, así como las últimas palabras que dirigió a su Iglesia en la tierra, conmuevan como es debido nuestros corazones en este mismo instante.